

NOTICIAS Y AVENTURAS DE RATTIER

Alberto Wagnér de Reyna

La emancipación de las diferentes secciones de la América hispana, como proceso bélico en marcha aún no definido y como acontecimiento político y social, despertaba en París, al comenzar los años 20 del pasado siglo, un creciente interés, mayor que en otras capitales europeas, con excepción, por cierto, de Londres, desde donde notoriamente se promovía y alentaba. Tres principales líneas de reflexión concurrían a tornar complejo y problemático, para el gabinete de las Tullerías, ese acontecer ultramarino: 1º Significaba él la apertura —ya insinuada por los navíos de registro— de un nuevo campo de acción comercial y política, al que había de extenderse, quizá con nuevas modalidades, la competencia entre Francia y Gran Bretaña que se desenvolvía intensamente tanto en el plano europeo como mundial. 2º Había de juzgarse en la perspectiva de la vinculación dinástica entre las reales casas de Francia y España, relación sometida a cambiantes coincidencias y diferencias por motivaciones políticas (oposición entre absolutismo y constitucionalismo). 3º Producía la modificación de un equilibrio tradicional, pues la emergencia de todo un continente independiente —América— cuya estructura, afinidades e influencias aún no claramente determinadas, rompía el esquema trazado por el Congreso de Viena.

Para afrontar esta problemática y orientar su política, Francia —a fuer de gran potencia— necesitaba acreditar su presencia en las diversas zonas del nuevo mundo y recibir de ellas informaciones oportunas y fidedignas. A ambos efectos servían sus flotillas que visitaban regularmente los puertos sobre los océanos ribereños de América, y que, por lo demás, garantizaban la seguridad de ciudadanos y bienes franceses. A estas medidas tomadas por el Ministerio de Marina, se añade el envío de misiones no necesariamente diplomáticas (para no comprometer al gobierno) destinadas a explorar posibilidades comerciales o promoverlas si ya existían, a recoger datos concretos sobre la situación en general y a entrar en contacto con las nuevas autoridades, actividades éstas que caían bajo la responsabilidad del Ministerio de Asuntos Extranjeros.

Dentro de este esquema político despachó en 1822 el gabinete francés, con destino al Perú y por la vía de Panamá, una misión compuesta por dos personas: el conde de Landos y el señor Rattier de Sauvignan, canciller del consulado de Su Majestad Cristianísima en Cádiz, que serviría de adjunto o secretario. Atravesado el istmo, prosiguieron al sur e hicieron escala en el puerto neogranadino de Tumaco, donde el jefe de misión falleció el 29 de diciembre, víctima de un tabardillo. Como único agente, continuó viaje Rattier para llegar a Guayaquil el 20 de enero de 1823, de donde envía al Quai d'Orsay su primer oficio: en él da cuenta de la muerte del conde y de haberse hecho cargo de la comisión que le confiara su gobierno. Inicia este documento una voluminosa y rica correspondencia¹ que terminará con el oficio expedido —ya vuelto el emisario a su patria— desde Burdeos el 29 de marzo de 1826.

Rattier es un funcionario metódico, laborioso, con mucho sentido común, discreto y correcto. No adelanta juicios sin bases sólidas para ello y gusta aparejar sus informaciones con testimonios de primera mano, que van desde recortes de periódicos y proclamas hasta documentos oficiales no fáciles de conseguir. Es un hombre sin brillo, seco, sin entrelínea. Alguna gracia personal debe de haber tenido, pues algunas buenas amistades, entre las que destaca su relación con José Gabriel Pérez, el secretario de Bolívar, que habría de ser no sólo fuente de excelentes datos y comentarios sino también ¡ay! causa de sus desdichas.

Sus oficios no caen en saco roto; ellos merecen un cuidadoso análisis en la cancillería de París y las respuestas a los mismos traen a menudo la firma del propio Ministro del ramo, honor que rara vez se suele tributar a agentes de modesta jerarquía.

Para mayor facilidad, trataremos esta correspondencia dividiéndola en tres sectores temáticos:

- 1.— Visión del Perú, que Rattier trasmite en dos grandes cuadros, correspondientes, uno, a diciembre de 1823, y, el otro, a agosto de 1825.
- 2.— Informaciones y comentarios sobre los acontecimientos de la guerra y en el país en general.
- 3.— Actuación del agente, sin olvidar sus venturas y desventuras personales.

El Perú en diciembre de 1823

De acuerdo con la ley del 12 de febrero de 1821, modificada por la de 4 de noviembre de 1823, la República del Perú, es decir aquella parte del antiguo virreinato que se encuentra bajo la jurisdicción de los patriotas, se

¹ Archive du Ministère de Relations Extérieures, Paris Correspondence Politique, Pérou, Vol. I et II.

divide en tres departamentos. Señala Rattier que su población era la siguiente: Lima, 209,100 habitantes; Trujillo, 246,300; y Huánuco, 201,200. Total: 656,600. De ellos son —en números redondos— 122 mil blancos, 284 mil indios, 170 mil mestizos y 80 mil negros y pardos. Añade dos apostillas: que estos datos se basan en el censo de 1797, y que la población blanca por emigración o deportación ha disminuido en un 25% desde esa fecha, lo que resulta empero compensado por la inmigración europea después de la revolución.

En cuanto a la opinión pública, la impresión de Rattier es la siguiente: hasta la ocupación de Lima por Canterac (18 de junio a 16 de julio de 1823), el régimen español tenía un gran número de partidarios, pero por el cupo de 300,000 pesos impuesto a los habitantes de la ciudad y otras exacciones realistas había cambiado la corriente de simpatía. Añade que alrededor de 3,000 —que se comprometieron en esa ocasión— siguieron al ejército español en su retirada a la sierra en julio.

La opinión pública no era homogénea, según las clases sociales, y la nobleza de Lima y Trujillo, en cuanto que no había emigrado, se inclinaba en tesis general por el Rey; el clero se hallaba dividido, aunque favorecía mayoritariamente el antiguo orden. “Por más pronunciada que pareciera la opinión de los demás habitantes por un cambio de gobierno, no se podía contar con un esfuerzo voluntario y oportuno de su parte para realizarlo o sostenerlo, pues toda persona capaz de reflexión advertía que las formas nuevas no habían destruido ni los vicios ni las arbitrariedades que se reprochaban al gobierno de la metrópoli. Tal estado de opinión conservaba la tranquilidad, pero se podía creer que si el ejército real obtenía nuevos triunfos y sobre todo si la capital volvía a caer en su poder, la causa de la independencia se tornaría más incierta que nunca, por la fuerza y desarrollo que lograría España en su favor en las clases elevadas cuando ya no se sintieran cohibidas”.

Las informaciones del agente francés sobre los personajes de la escena peruana suelen ser sumarias, y a ratos inexactas o arbitrarias, pero sin duda responden a la impresión general. He aquí algunas: Torre Tagle, “goza de una influencia y una fortuna que parecen destinarlo a ocupar por largo tiempo las funciones más eminentes”. Unanue, “hombre considerado por sus talentos, pero su edad y su estado valetudinario lo privan de la energía necesaria en situaciones difíciles”. San Donás, “encargado de los departamentos reunidos de guerra y marina, general de brigada que jamás estuvo en el ejército y a quien faltan también conocimientos de marina”. Guido, “hombre estimado y querido por todos, aun por los jefes de la república de Colombia”. Juan de Salazar, “hombre de poco talento y conocimientos, pero con reputación de celoso patriota”. Y añade el gabacho: “Por el momento la protección y la intriga influyen más que el mérito en

los nombramientos y empleos públicos, lo que es una de las principales causas de la debilidad del gobierno" (Torre Tagle, presidente constitucional y Bolívar con la "suprema autoridad").

Es evidente que la vocación de Rattier va por el lado de los estudios económicos, pues sobre las finanzas del país nos suministra copiosa información, que se refleja en el cuadro siguiente²:

<i>Ramos principales de ingresos</i>	<i>Estado de su producto antes de la revolución</i>	<i>Estado de su producto a fines de julio de 1822</i>	<i>Diferencia</i>
	pesos	pesos	pesos
Quinto sobre el oro y la plata	570.000	117.317	452.683
Producto de la casa de Moneda	450.000	14.926	435.074
Producto de la venta de mercurio	120.000		120.000
Tributo de los indios	810.000		810.000
Venta del tabaco	320.000	100.561	219.439
Producto de la aduana	1.000.000	559.166	440.834
	3.270.000	791.970	2.478.030
Productos de diversos otros ramos y de la Intendencia de Puno	1.782.246	510.569	1.271.677
	5.052.246	1.302.539	3.749.707

Comenta el agente francés: "La enorme diferencia de 3.749.707 pesos sobre un ingreso de 5.052.246 que presenta este cuadro se debe: a la entera suspensión de las minas de Pasco y del escaso rédito de las de Trujillo, a la cesación total del monopolio del mercurio que el gobierno explotaba en beneficio propio, a la abolición del tributo a que estaban sometidos los indios, en fin por las concesiones que la indigencia pública había forzado hacer para la libre introducción y venta de tabaco, lo que había casi anulado el producto de la antigua renta y alterado sus principales ramos. Las entradas del Perú se hallan así reducidas a algunos recursos municipi-

2 Parece haber confusión entre rentas que se refieren al Perú en su integridad (pues se incluye a Puno), con aquellas de que dispone la República (los tres departamentos), con exclusión de los ingresos que pueda tener el virrey en las provincias que ocupa.

pales y al producto de las aduanas, que el contrabando favorecido por las perturbaciones públicas había considerablemente disminuído”.

Pasando al aspecto hacendario, tenemos este pequeño cuadro:

Ingresos (según composición anterior) a julio de	1822:	1.302.539
Gastos de 1º de agosto de 1821 a fines de julio de	1822:	2.747.070
	Déficit:	1.444.531

Este deplorable estado de las finanzas —agrega Rattier— ha empeorado después. Se hicieron empréstitos al comercio inglés con la condición de pagarlos con obligaciones del tesoro respaldados por derechos de importación, y en consecuencia la mayor parte del producto de la aduana del Callao —único puerto abierto a las importaciones del extranjero— quedan comprometidos de antemano. Lo que pudo restar disponible fue absorbido por las estipulaciones de un contrato firmado el 31 de octubre de 1823 entre el gobierno y particulares que han aprovechado de la extrema urgencia de sus necesidades para prestarle la suma de 200.000 pesos con 50% de prima. En fin, a causa de estos diversos anticipos sobre el principal podría casi decirse que el único ingreso al que el Estado puede recurrir se había agotado de tal modo que sólo dispuso de 5.193 pesos sobre un total recaudado de 135.972 en el mes de noviembre y que en diciembre (1823) sólo le correspondieron 2.651 sobre una recaudación de 64.128.

Pero el gobierno pudo también recurrir a fuentes extraordinarias y éstas eran las siguientes: en primer lugar los fondos dejados por las autoridades del Rey en las diversas cajas públicas (5.371.397) y los cupos cobrados a los españoles así como el secuestro de las propiedades de los mismos (de cálculo difícil). A ello se añaden los empréstitos —en diferentes momentos— a todas las clases acomodadas (1.000.000) y los secuestros de buques sorprendidos en comunicación con las zonas ocupadas por los realistas. Sólo Inglaterra reclamaba por 5.000.000 que consideraba injustamente confiscada a sus súbditos.

Ahora bien, según la cuenta general, se gastaron entre agosto de 1821 y enero de 1823, la suma de 3.978.621 pesos. Si se compara ésta con las cifras citadas es necesario concluir —dice Rattier— a “dilapidaciones de una administración viciosa y deshonesta en todos los ramos”. Y añade: “como el público no veía figurar en las cuentas ni los recursos extraordinarios ni los empréstitos al exterior, era tal la desconfianza que nadie quería prestar sin garantía a un gobierno que carecía de recursos y crédito”.

Estas duras apreciaciones, que reflejan un estado económico verdaderamente angustioso, son abonadas por el cuadro —compuesto por el agente francés— de la deuda del Perú independiente. Helo aquí:

	<i>Pesos</i>
Según el estado de cuentas establecido por el Ministerio de Finanzas, en julio de 1821 la deuda pública del Perú se elevaba a	14.507.057
Empréstito negociado en Inglaterra en el año 1822 por los señores García del Río y Diego Paroissien, agentes del gobierno a este efecto	6.000.000
Otro empréstito hecho al gobierno de Chile	600.000
Diversas contribuciones a título de empréstito cuya devolución no se ha efectuado	1.000.000
Empréstito hecho al comercio inglés en octubre de 1823 y que pesa sobre los ingresos de aduana	300.000
Valores de confiscaciones arbitrarias de buques ingleses y sus cargamentos, cuyo reembolso reclama el comandante Brown a nombre de su gobierno	5.000.000
Siete meses de sueldo debidos a la Marina y once meses de devengados al Ejército, según cálculos de estos dos egresos a enero de 1823, y teniendo en cuenta la enorme reducción numérica ocurrida en los efectivos del ejército peruano por las últimas deserciones	1.500.000
Gastos ocasionados por los últimos desplazamientos de las tropas auxiliares de Chile (gastos de buques, transporte y vituallas)	250.000
Deuda a Colombia por la misma razón, pero menos elevada porque la mayor parte de los buques de transporte fue fletada por el gobierno del Perú	160.000
Resto de la suma debida a los propietarios de buques y proveedores de equipos militares para las dos expediciones a puertos intermedios del Perú, así como transporte de nuevas tropas auxiliares de Colombia	500.000
Deuda al señor Sarratea y otros particulares por avances hechos al Ejército y Marina (suma aproximada)	700.000
Total:	30.517.057

Esta enorme suma no incluye las muchas deudas y reclamaciones por requisiciones, enrolamiento de esclavos, etc., realizadas con promesa de pago, que Rattier valoriza pero que califica de "considerables".

El agente francés se excusa de no poder dar cifras sobre el comercio —importación y exportación— y se limita a generalidades sobre este tráfico, trasmite las diversas disposiciones relativas a la aduana y avanza algunos

comentarios: Los ingleses realizan el 90% del comercio del Perú, aún con la zona bajo jurisdicción realista, y los buques norteamericanos que frecuentan sus costas traen casi exclusivamente productos británicos. La importancia de sus firmas comerciales es decisiva. Añade, no sin cierta melancolía: "Los franceses no han logrado aun formar un solo establecimiento". Las flotillas inglesa y estadounidense protegen en forma eficaz a sus connacionales, y así en junio-julio de 1823 (Canterac en Lima) desembarcaron 40 hombres para cuidar sus propiedades, que hubiesen quedado expuestas a la codicia del populacho en los tres días que Lima quedó sin policía ni fuerzas armadas. Pero hay algo más: esos buques estatales, a través de sus embarcaciones auxiliares —exentas de visita de aduana— realizaban un contrabando de lingotes de oro y plata, que era recibido a bordo del buque de guerra³.

Rattier recomienda que Francia acredite un agente superior en Lima, y cónsules en Arica, Quilca y Mollendo, puntos de apoyo del gobierno realista y que dominan el comercio hacia La Paz, Arequipa y Potosí.

El Perú en agosto de 1825

El cuadro panorámico es ahora del país entero, y no sólo como lo fue el anterior reducido a los tres departamentos libres. El más populoso es el de La Libertad (con 230.000 habitantes), seguido por Cuzco (216.000) y Huánuco (201.000). El mayor número de indios se halla en Cuzco (158.000), de blancos en Arequipa (40.000) y de negros en Lima (47.000). Las cifras en su conjunto son: 737.000 indios, 145.000 blancos, 248.000 mestizos y 81.000 negros, lo que da un total de 1.213.000 almas en el Perú.

En materia administrativa se refiere Rattier con elogio comentario al esfuerzo de organizar el país que realiza Bolívar, reflejado en los decretos promulgados por el libertador entre marzo y mayo de 1824, en parte fechados en Trujillo, en parte en Carás. En cuanto a la deuda pública, nos suministra un cuadro muy preciso —parece que ése era su fuerte—, del cual se deduce que en el año y medio corrido entre diciembre de 1823 y agosto de 1825 ella se incrementó en un 50%. Helo aquí:

3 La práctica no era nueva, ya Pezuela se queja de que las fragatas de guerra inglesas realizaban este contrabando y por ello da orden al Administrador de aduana de vigilarlas. (Memorias de Pezuela, anotación del 28 de mayo de 1820 y oficio del mismo al Tribunal de Consulado de 2 de mayo 1820).

	<i>Pesos</i>
Deuda pública, según informe anterior, en diciembre de 1823, aproximadamente	30.517.057
Desde esa fecha los gastos de las diferentes expediciones hechas por la república de Colombia en 1824 y 1825 para el Perú han aumentado en	350.000
Empréstito gestionado en Inglaterra por intermedio del señor Robertson	3.000.000
Otro empréstito, últimamente negociado en Londres, por agentes del Perú	13.000.000
Total aproximativo	46.867.057

En lo que toca al comercio informa el agente francés de los derechos de aduana de la época:

Vinos	48%
Aguardiente y licores	80
Aceites y toda otra mercadería	30
Efectos confeccionados	45
Trasbordo al exterior	
(sin distinción de pabellón)	1%

Termina Rattier este segundo informe —de menos vuelo y materia que el anterior por razones que veremos— aconsejando nuevamente a su gobierno acreditar cónsules en los puertos abiertos al comercio exterior, y en especial en Trujillo.

Informaciones específicas y comentarios

La correspondencia oficial de Rattier, aunque proporciona al lector extranjero a quien va dirigida una exposición ordenada y nítida de los acontecimientos en el Perú, es en muchos puntos sumaria y no trae datos nuevos para el investigador de hoy. En algunos casos deja abiertas interrogaciones que permiten entrever una problemática que a menudo se prefiere evitar. Por lo general refleja el ambiente limeño —que no es necesariamente justo— o recoge sucesos que retuvieron la atención del momento. La visión que trasmite es crítica, aunque evaluada fríamente. Veamos los puntos más importantes a los que se refiere: *Deposición de Pezuela*.—Según Rattier la difícil situación de San Martín en Huaura, provocada por una epidemia en sus tropas, que lo hizo sopesar la idea de reembarcarse para Chile, cambia por la adhesión de Trujillo y otras ciudades a la causa

de la independencia. El generalísimo sabe sacar ventaja del caso frente al ejército español, que aunque muy superior al suyo se sume en una "inconcebible inacción". Los desastres de Pisco y otros lugares, así como la defección del batallón "Numancia" colocan entonces a los realistas en grave aprieto. Y añade textualmente: "Esta inacción (del ejército realista) que había llevado a tantos reveses fue atribuida al virrey Pezuela y fijó la atención sobre todas sus acciones. Al principio su conducta no había sido considerada sino como el resultado de una incapacidad militar, pero la orden de replegarse sobre Lima dada al general Canterac que se había dirigido a Chancay con tres mil hombres fue juzgada más severamente. Esta contramarcha, que podía perder todo, fue considerada como una connivencia entre el virrey y los partidarios del agresor. El general Canterac fue obligado a cumplirla, pero pocos días después de su regreso a Lima hizo deponer al virrey Pezuela y nombrar en su lugar al general La Serna, que se encontraba accidentalmente en esta ciudad, y debía embarcar en esos días para España".

Es curioso que Rattier recoja de los muchos cargos que los jefes insubordinados de Aznapuquio hicieron al vicesoberano en su insolente oficio de 29 de enero de 1821 sólo el más discutible y que ni siquiera se menciona *expressis verbis* en dicho documento: la connivencia con San Martín. Tal calumnia se inspira en la benevolencia y simpatía que Pezuela mostraba por los criollos, que según los revoltosos lo rodeaban y eran infidentes. Que esta especie infamante se haya mantenido viva desde enero de 1821 hasta julio de 1823, en que la trasmite el agente francés a su cancillería, indica lo hondo que caló la campaña de descrédito contra el virrey depuesto que —como es notorio— emprendieron La Serna y los suyos.

Monteagudo y las pretensiones de San Martín a la corona.— La versión que tiene el comisionado galo de sucesos anteriores a su llegada a Lima —de fuente bolivariana y de residentes franceses— no lo inclina hacia San Martín. Por lo pronto considera que el ejército realista —al abandonar Lima el 6 de julio de 1821— "fatigado por las privaciones y balanceándose entre la fidelidad y las ventajas que parecía ofrecer la causa de la independencia, podía ser destruido fácilmente si el general San Martín se hubiese puesto de inmediato a perseguirlo, pero parece que las riquezas de Lima fijaron más particularmente su atención. Mientras tanto, queriendo comprometer a los habitantes de esta ciudad frente a los españoles para sacar de ello provecho en caso necesario, los provocó a proclamar la independencia y no hizo su entrada en ella sino hasta después de la promulgación de este acto, lo que se realizó el 28 de julio de 1821".

Tal juicio es a todas luces demasiado sumario, pues de un lado, entre otras circunstancias ignora las negociaciones de Punchauca-Miraflores—"Cleo-

patra" y el armisticio, y por otro pasa por alto que la clave de la derrota del virrey no habría estado en su persecución por San Martín, sino —después de la ocupación de Lima— en el enfrentamiento con Arenales en la sierra central, que, es cierto, no aceptó el Protector. Sin embargo, queda la censura de frivolidad y artimaña.

Más adelante, y refiriéndose a la situación en la capital durante el viaje de San Martín para encontrarse con Bolívar, expresa Rattier: "Poco después de su partida, se formaron corrientes de opinión que parecían tender al mismo fin pero que produjeron ingratas divisiones. Don Bernardo Monteagudo, que gozaba de la entera confianza del Protector y parecía dominarlo, sintió la necesidad de cambiar un estado de cosas que amenazaba conducir al país a una funesta anarquía. Nombrado el 1º de enero de 1822 ministro del interior y relaciones exteriores, se empeñó en dirigir, por vías indirectas, los espíritus hacia un gobierno monárquico constitucional, que consideraba como el único sistema conveniente para el Perú. Una memoria que ha publicado después para justificar su conducta en los negocios públicos está llena de poderosos racionamientos en favor de esta opinión. Al elevar un trono constitucional, entraba en las miras del ministro colocar en él al general San Martín. Para llegar a este fin se buscó habituar al pueblo a ver en él a la persona más digna de ocupar ese lugar. So capa de reconocimiento público se levantaban obeliscos sobre los cuales no se descuidaba de exponer su retrato ornado de una corona que dejaba en duda si era un emblema de la victoria o de la realeza".

Comentando la memoria elevada por Monteagudo al Congreso después de su destitución sobre el estado en que dejó el 15 de julio de 1822 la cosa pública, expresa el agente francés: "A juzgar por ella, el Perú se habría encontrado en la condición más brillante en el momento en que la presentó. La verdad es, sin embargo, que las riquezas que se encontraban, los recursos que se ofrecían en el instante en que estalló la revolución, habían en gran parte desaparecido o habían sido destruidos. En la época en que esa exposición ha sido redactada ese gobierno estaba en un estado de decadencia, que sólo se ha acrecentado después, por el mal estado de las finanzas, por el desorden de la administración, por las dilapidaciones y codicia de algunos jefes y de la mayor parte de los subalternos. Nada prueba mejor la verdad de esta aserción que el incendio del local en que se encontraban los Ministerios, ocurrido el 14 del mismo mes de julio. La destrucción de los archivos que resultó de este acontecimiento fue generalmente atribuida a la imposibilidad en que se encontraba la administración de rendir cuentas".

De la partida de San Martín nos dice Rattier: "Este Congreso fue instalado el 20 de setiembre bajo la presidencia del señor Luna Pizarro. El mismo día el general San Martín dimitía la autoridad suprema de que es-

taba investido y rehusaba el mando de las fuerzas militares con el título de generalísimo. Se ha supuesto en el país que, cumpliendo su promesa de instalar el Congreso, abrigaba la esperanza de ser elegido Presidente con el ejercicio del poder ejecutivo por un tiempo ilimitado, lo que le habría permitido acopiar los medios para realizar el proyecto en el cual había fracasado don Bernardo Monteagudo. Frustrado en esta esperanza tuvo la sabiduría de alejarse”.

Sin querer terciar en el vasto capítulo de las motivaciones de la partida de San Martín del Perú, ni menos aún poner en tela de juicio la integridad moral del Prócer, quisiera anotar que la lectura atenta de los documentos referentes a los dramáticos días del 20 al 22 de setiembre de 1822 puede dejar, para descargo de Rattier y de sus amigos e informantes, una doble impresión: de un lado descortesía del Congreso frente al antiguo Jefe de Estado, que después se trata de corregir con excesos encomiásticos; y del otro, cierto resentimiento malhumorado de éste, que se puede interpretar como irritación por la brusquedad empleada con él, pero también como fruto de una ilusión desvanecida.

Las negociaciones de 1824.— La llegada a Lima, a comienzos de 1824, de un comisionado de Buenos Aires —don Félix Alzaga— determina, como es sabido, las negociaciones con los jefes españoles que habrían de ser origen de los desgraciados sucesos ocurridos con Tagle, Berindoaga y otros, acusados de traición a la patria. La versión de Rattier —aunque muy breve— indica que la opinión pública limeña pensaba que esas conversaciones “fueron realizadas sin consultar al general Bolívar” (cuando en verdad de él partió la iniciativa) y afirma que “todos los habitantes de Lima hacían votos por un arreglo y temían que los españoles no estuvieran dispuestos después de las victorias obtenidas y las ventajas actuales de su posición”. Ello significa que se consideraba que Tagle tenía autoridad suficiente para llevar adelante gestiones de esta monta a espaldas del Libertador y que era acompañado por la general simpatía en su empeño.

La derrota española.— El observador imparcial que es el agente francés califica la situación del ejército realista a fines de 1823 de “muy bella” y se pregunta a qué razones se debe el cambio radical que con tanta rapidez se produce de suerte que al año es derrotado en Ayacucho. El analista del Quai d’Orsay, coligiendo los diversos datos y reflexiones de Rattier, hace el planteamiento y llega a la conclusión siguiente: “Uno se pregunta si esta transformación súbita es el resultado inevitable del ascendiente que los talentos y la infatigable actividad de Bolívar parecen tener sobre los destinos de los antiguos dominios de la Corona española en América; o si ella no ha sido en gran parte facilitada y acelerada por la incuria y la inacción, por

la desunión y falta de cohesión, por los errores, por las vejaciones de los jefes españoles, que por lo demás han mostrado en toda circunstancia un gran coraje y una noble perseverancia en la defensa de los intereses de su país.

Si se considera que la evacuación de Lima por los independientes ha sido efectuada en los últimos días de febrero de 1824; que Bolívar, obligado a concentrar sus fuerzas en Pativilca para esperar los refuerzos de Colombia y levantar el espíritu del resto del ejército peruano, ha dejado pasar cinco meses antes de osar acometer el funesto combate de Junín, que se efectúa sólo el 7 de agosto del año siguiente; y que durante este tiempo el general Canterac, que ocupaba el valle poco distante de Jauja con fuerzas superiores y victoriosas, no ha hecho movimiento alguno sea para atacar a este ejército de moralizado en el momento de su desorganización, sea para evitar que recibiera soldados aguerridos que habrían de concurrir después a la ruina del ejército real; si uno se recuerda de los rumores que se expandieron a consecuencia del combate de Junín sobre la defección de Olañeta, a los que se juntan igualmente elogios y acusaciones de traición y que fueron señalados en las proclamas de Bolívar y de Canterac; si se presta atención al combate rehusado por la fragata "Asia" y el brick "Aquiles" a la escuadra independiente que bloqueaba el Callao, y al fuerte altercado que se asegura su comandante tuvo sobre ello con el general Rodil, y a todos los servicios que esos dos barcos hubieran podido prestar a la causa de España desde el 13 de agosto que entraron al Callao hasta el 9 de diciembre, día de la batalla de Ayacucho; si se reflexiona que, según los controles realizados por los españoles, sus fuerzas en Ayacucho se elevaban a 9.310 hombres, cuando los del general Sucre sólo llegaban a 5.780; que parece que durante esa acción el cuerpo de Valdés estaba en el Desaguadero⁴ y todo anuncia que la división del general Olañeta —que fue derrotada el 2 de abril del año siguiente— no se encontraba en este combate decisivo; si se juzga, en fin, la conducta de los jefes españoles contra los habitantes durante su última invasión; por lo que dice el señor Rattier, que después de haberlos comparado a la de los primeros conquistadores añade "que la destrucción de los desgraciados americanos bajo el más ligero pretexto o la más simple sospecha era lo que más los ocupaba", uno tiene naturalmente y con razón inclinarse a creer que los cambios ocurridos en la situación política del Perú en 1824, no pueden ser atribuidos únicamente a la influencia que los talentos, la actividad y la reputación del general Bolívar parecen darle sobre los destinos de América".

La conclusión es negativa y faltaría preguntarse por las causas eficientes del descalabro español que concurren con la pericia y tenacidad de Bolí-

4 Dato erróneo, debido a tardía información en Lima de la incorporación de Valdés y sus fuerzas al grueso del ejército del Rey.

var. La interrogación queda abierta. Desde luego, como se indica en el texto, ha habido inacción, disensiones, errores militares, etc. Pero habría de irse más lejos y llevar la cuestión a las motivaciones hondas de estas manifestaciones en un cuerpo de tropas aguerridas, comandado por oficiales profesionales fogueados en las confrontaciones bélicas europeas, con soldados que combatían en su propio medio.

La respuesta sólo puede hallarse en móviles semejantes a los que determinaron la deposición de Pezuela: razones ideológicas y políticas. La dirección del "ejército nacional" (es decir real) estaba en su mayoría compuesta por jefes liberales, con algunas excepciones, entre ellas Juan Antonio Olañeta, que eran políticamente hostiles al gobierno español, que desde octubre de 1823 había vuelto a ser absolutista. Es este asunto muy complejo que no pertenece al objeto de este estudio, pero que no ha de perderse de vista para comprender la situación de esos años en el Perú.

La obra de Bolívar. — Apreciando la evolución de los acontecimientos después de Ayacucho, resume el analista del Quai d'Orsay: "Del lado de los independientes, uno percibía en las disposiciones del gobierno un concierto que no se había aún visto; aunque sólo fuera tomando en cuenta a los ministros, bajo la presidencia del general Bolívar todas sus operaciones estaban basadas en los principios de la Constitución; no había sino una sola opinión en todas las clases, y ella fuertemente se pronunciaba por la independencia; el establecimiento de una caja de amortización de la deuda pública había aumentado aún más la confianza que la victoria decisiva de Ayacucho había logrado hacer renacer; este paso hacia el restablecimiento del crédito era poderosamente secundado por el mejoramiento hacia el que todos los ramos de la administración marchaban rápidamente; el general Bolívar cuya acción es infatigable recorría el Alto Perú organizando las diferentes administraciones del interior con un genio, una previsión, que allanaba las dificultades que siempre se había supuesto que se oponían a tal empresa; en una palabra el señor Rattier dice que todo anunciaba que la república del Perú lograría, en poco tiempo, la fuerza y consistencia de que goza la república de Colombia.

Comparando la situación política actual del Perú con aquella que existía al finalizar 1823, no se puede dejar de reflexionar sobre la prontitud con la que un cambio tan admirable se ha operado".

Venturas y desventuras de Rattier

Como sabemos, Rattier llegó a Guayaquil el 20 de enero de 1823, donde Bolívar se ocupaba con "actividad extraordinaria de los preparativos necesarios para participar en los asuntos del Perú". El agente "es acogido con mucha benevolencia por este general, que tenía conocimiento de los mo-

tivos de la misión del conde de Landos, y que trató de aclarar si él (Rattier) formaba parte de ella". La conversación gira —entre otros tópicos— sobre la vuelta a Guayaquil de las tropas auxiliares de Colombia (2.900 hombres), que habían sido enviadas en agosto del año anterior a Lima y que regresaron sin haber participado en acción alguna. Bolívar indica que el Congreso del Perú "ha comprendido mal los motivos de tal apoyo suponiéndole deseos ambiciosos, cuando en realidad no tenía otro deseo sino la exterminación de los españoles en América". Una de las conclusiones que saca su interlocutor de la entrevista con Bolívar es que éste parece tener una predilección especial por Francia, lo cual dicho sea de paso vale en materia literaria e ideológica, pero no en lo político y educacional en que es notoria su anglofilia. En suma: Rattier se siente muy satisfecho de este primer encuentro con el Libertador... que también habrá de ser el último.

El viajero vive en Guayaquil la noticia de diversos acontecimientos de cierta importancia histórica para la independencia: la derrota de Alvarado en Moquegua, en vista de la cual Bolívar redobra su actividad organizatoria para llevar al Perú un contingente de 6.000 hombres; la ascensión a la presidencia de Riva Agüero (que considera un triunfo del partido procolombiano); y la llegada —a bordo del "Macedonia"— del general Portocarrero para pedir la intervención del prócer. En su oficio de 4 de marzo de 1823 escribe: "El general Bolívar no había en modo alguno aguardado que se le pidiera auxilio; sus preparativos estaban hechos a la llegada de Portocarrero: la primera división fuerte de 2.700 hombres se hará a la mar el 18 de este mes para Lima, y ella será reforzada hasta alcanzar alrededor de 7.000 de infantería y 1.000 de caballería y cañones. El general Bolívar tomará el mando de este ejército con la última división que no tardará en llegar del interior".

La escena se desplazaba pues hacia Lima. Para allá parte Rattier en los primeros días de mayo. Arribará —tras una larga navegación— el 19 de julio, cuando la ciudad acababa de ser evacuada por Canterac. Aquí es testigo de la destitución de Riva-Agüero y de la invitación que el Congreso formula a Bolívar para venir a "pacificar" el país, es decir restablecer la unidad mediante negociaciones con aquél, retirado a Trujillo. Bolívar llega inesperadamente, y el 1º de setiembre entra en Lima en medio del entusiasmo general.

El gabacho cuenta —con cierto asombro— las ocurrencias de esos días, considera que Riva-Agüero se halla en completa armonía con los realistas, y relata la aparición de Alzaga, Plenipotenciario de Buenos Aires, que es presentado solemnemente por Tagle al Libertador el 8 de enero de 1824. Supone desinteligencias entre ellos y cree —como ya dijimos— que las negociaciones de San Donás en Jauja, insinuadas por el argentino, no cuentan con el beneplácito de Bolívar.

Don Juan de Berindoaga salió el 18 de enero hacia la sierra en busca de Canterac, y el oficio de Rattier al Quai d'Orsay que trasmite la noticia lleva la fecha del día siguiente, lo que indica que si bien no conocía los entretelones estaba con su información al día.

Continúa el agente francés recolectando datos, proclamas y gacetas que ilustran los dramáticos días de febrero de 1824, hasta que al iniciarse marzo entra Monet en la capital. Rattier se queda en ella "deseoso de observar lo que ocurría a fin de informar" —como dice él mismo—, pero el 15 de ese mes "es convocado por el comandante español" —Monet en persona— quien lo interroga, y que fundándose en "que tenía relaciones de amistad con el coronel Pérez, Secretario del general Bolívar, lo intimó a abandonar Lima dentro de las 48 horas". Se expidió el pasaporte del caso, y Rattier partió al Callao en busca de un barco. Pero el documento que tenía en mano le imponía la obligación de presentarse en ese puerto a Rodil, que comandaba la plaza, formalidad a la que el agente de Su Majestad Cristianísima se prestó gustoso. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando el adusto y maltrajeado brigadier de Su Majestad Católica —ambos Borbones y aliados— lo hizo "detener y meter en galeras, donde empleado en los trabajos más viles, quedó, falto de todo y tratado con la mayor barbarie", hasta el 16 de junio!

Rattier, muy discretamente, no cuenta de sus experiencias "en galeras", ni de las personas que, presas como él, conoció en el Callao, ni tampoco cómo y por qué medios salió de allí. El caso es que arribó a Guayaquil en la segunda quincena de agosto de 1824, falto de fondos, enfermo y acongojado.

Los seis meses de silencio del agente no dejaron de inquietar a sus superiores en París, que al fin reciben la explicación de la anomalía por oficio despachado desde Guayaquil el 24 del citado mes, en que da cuenta de sus malandanzas y del quebranto de su ánimo y salud, y pide —¡no es de extrañar!— su vuelta a la patria. Pero no, el propio Ministro de Asuntos Extranjeros, el barón de Damar, le escribe una elogiosa carta, le sube el sueldo . . . y le ordena volver a Lima.

Y así, restablecido de sus dolencias, después de 42 días de navegación y casi un año de ausencia, llega Rattier nuevamente al Perú el 7 de mayo de 1825. El hombre hablaba bien castellano, conocía el medio, tenía amistades altamente colocadas, y por añadidura era algo así como un héroe de la causa de América. Con su arribo a la capital peruana se iniciaba en su foja de servicios y en el libro de su vida una página luminosa y cargada de honores. Tal, por lo menos, parece ser la opinión del Quai d'Orsay, y desde luego la suya.

Nada de ello ocurrió: frialdad y desconfianza le salieron al encuentro. ¿Qué había ocurrido? No fue difícil averiguarlo. En poder de otro agente

francés, M. Chatterieau, se habían encontrado, en Colombia, documentos comprometedores, según los cuales él y su colega M. Galabert habían recibido instrucciones de socavar secretamente los nuevos gobiernos de América hispana. Los periódicos habían hecho caudal de ello y una atmósfera de antipatía rodeaba a los franceses en Lima. Una flotilla de esa nacionalidad se hallaba en aguas de Chorrillos, y su jefe, el almirante Rosamel, tenía buenas relaciones con el Libertador. Se produjo una explicación franca entre ambos y se desvirtuaron las imputaciones.

Esto había ocurrido antes de la llegada de Rattier, cuya presencia en la región era conocida del gobierno peruano; así pues, en la entrevista se habló de él. Rosamel manifestó que nada sabía de ese agente confidencial, y Bolívar expresó que le tenía simpatía y no lo confundía con los otros. Sin embargo —dice el capitán Mogel, edecán del almirante, en oficio de 10 de setiembre de 1825, que describe la escena— “el general guardó en el fondo de su corazón cierta incertidumbre”. La correspondencia entre Rattier y Rosamel muestra que, en efecto, éste lo ignoraba, se negaba a darle facilidades para su correspondencia y hasta era incomodado por su presencia.

La mala suerte había fijado su mirada en el emisario del Ministerio de Asuntos Extranjeros. Su estancia en Lima daba lugar a comentarios y sospechas, y por ello de acuerdo con Rosamel, y los oficiales Mogel y La Susse, observadores del Ministerio de Marina galo, se retira discretamente del Perú. Su último oficio de Lima lleva la fecha 30 de junio de 1825.

Es melancólico este fin de misión de un hombre capaz, trabajador y honesto, que por razones externas —la muerte de su jefe— se encuentra al frente de una función delicada y que logra cumplir, aunque sin brillo, cabalmente su cometido. Otro conjunto de circunstancias —Monet, Rodil, Chatterieau, Rosamel— juegan con él como las olas con un barquichuelo: es sometido a padecimientos físicos y morales, se hace ineficaz e indeseable y termina por salir de la escena en silencio.

He rastreado algo en el Quai d'Orsay y no he encontrado huella de M. Rattier de Sauvignan, ni siquiera su nombre de pila. Parece que en Lima terminó su breve, accidentada e irrelevante carrera diplomática. Surge la tentación de formular una pregunta prohibida en historia: Y si el tabardillo no se hubiera llevado en Tumaco al conde de Landos ¿cómo habría sido esta primera misión francesa llegada al Perú?